

FEMINA MALUM: Expresiones misóginas de la poesía latina medieval (XII-XIII)

FEMINA MALUM: Misogynist expressions of medieval Latin poetry (XII-XIII)

Mariano Olivera

Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina

marianoo.74_90@hotmail.com

Recibido 11/05/21 Aceptado 30/05/21

Resumen: En el contexto eclesiástico de la reforma gregoriana y de un auge fervoroso del culto mariano (siglo XI y XII), una figura bíblica recurrente se manifiesta en las expresiones poéticas de aquellos hombres que detentan el monopolio del saber y la cultura en el medioevo latino: *Femina Malum*. Nos referimos con esta fórmula a aquellos calificativos misóginos que desde la perspectiva religiosa androcéntrica definen desde la poesía a la mujer como una amenaza para la vida célibe y santa. Cualidades tales como: astuta, tentadora, perversa, dulce malicia, envenenadora, pecadora, hija del Diablo; que condensadas en las diversas metáforas, reflejan al ser humano femenino reducido a tentación y objeto prohibido del deseo. Desde la libido reprimida, el desconocimiento, la distancia, la ajenidad y el temor, se trazan los rasgos y cualidades de lo femenino que ponen en duda y amenazan aquel hábitat religioso, característicamente masculino.

Nuestro propósito es mostrar y analizar el ataque y la declamación misóginos presentes en los versos de tres poesías: 1- *Arbore sub quadam dictavit clericus Adam*, 2- *De artificiosa malitia mulieris* (siglo XII), y 3- *Fuge cetus feminarum* (siglo XIII).

Palabras claves: Misoginia- Androcentrismo- Eva- Reforma gregoriana- Culto mariano.

Abstract: In the ecclesiastical context of the Gregorian reform and the fervent rise of the Marian cult (11th and 12th centuries), a recurring biblical figure manifests itself in the poetic expressions of those men who hold the monopoly of knowledge and culture in the Latin Middle Ages: *Femina Malum*. We refer with this formula to those misogynistic qualifiers that from the androcentric religious perspective -define from poetry- women as a threat to celibate and holy life. Qualities such as: cunning, tempting, wicked, sweet malice, poisoning, sinful, daughter of the Devil; that condensed in the various metaphors, reflect the female human being reduced to temp-

tation and forbidden object of desire. From the repressed libido, ignorance, distance, alienation and fear, traits and qualities of the feminine are traced that cast doubt on and threaten that religious habitat, characteristically masculine.

Our purpose is to show and analyze the attack and misogynistic declamation present in the verses of three poems: 1- *Arbore sub quadam dictavit clericus Adam*, 2- *De artificiosa malitia mulieris* (12th century), and 3- *Fuge cetus feminarum* (13th century).

Keywords: Misogyny- Androcentrism- Eve- Gregorian Reform- Marian Cult.

1. Introducción

La visión negativa de la mujer, en la cual se exageran los defectos y peligros que conlleva la naturaleza de su sexualidad y de su cuerpo, es moneda corriente, en la mirada canónica y el discurso oficial del Medioevo. El ataque fue furibundo. Se ha llegado incontables veces al extremo de asentar que la mujer es malvada por naturaleza: *Femina Malum* y todos los achaques de su perversidad recaen fundamentalmente o terminan de concentrarse en la potencia más temible y descarriada, destinada a ser disciplinada, domesticada, controlada y vigilada para el hombre de la Iglesia Medieval: la sexualidad.

Por supuesto que esto no tiene nada de reciente para la época referida, sino que es tan solo otra repetición y socavación más profunda y acentuada. Desde la antigüedad, textos misóginos creados por hombres no han hecho más que repetir y verborrear el discurso dominante sobre lo que constituye, en su opinión, la naturaleza femenina y su degradación. Pero poco se ha contemplado lo que la misma protagonista tenía para decir de sí misma en su propia época y contexto jurídico, político y social; y desde un sincero examen crítico, despejado de los imaginarios y referentes nocivos que poblaron sus mentes. Es decir, desde el principio no se le ha dado oportunidad de legítima defensa a la voz de la acusada, por el tribunal viril. Desde las raíces de la cultura judeocristiana, latina y helénica, la naturaleza femenina sufrió juicios degradantes y humillantes, situándola marginada, en claro contraste a la naturaleza del patriarca, el héroe, el varón ciudadano de derecho, el santo varón y cualquier otro arquetipo arcaico que encarnan la virtud, la excelencia y la racionalidad viril. En cambio, nos encontramos con muchos menos arquetipos femeninos donde se representen tales aspectos deseables para los ideales de esas sociedades y culturas.

Basta remitirnos a ciertos mitos originarios del ser humano, occidentales y mediorientales, en los que la mujer es el elemento caótico, impredecible, incontralable, susceptible por su tendencia viciosa e irracional, de ser tentada por fuerzas

viles o extrañas que desencadenan la catástrofe y los males en el mundo. Ni los dioses ni cualquier otra potestad se anticipan y ponen freno a la iniciativa de aquellos primeros prototipos o moldes de féminas, que liberan a rienda suelta el flagelo y castigo de la maldad, la desgracia y los males para la humanidad. Por otra parte, la naturaleza femenina en sus primitivos cimientos se retrata prioritariamente como un receptáculo caótico, informe, oscuro, meramente pasivo, dispuesto a ser informado y determinado, pero plagado de atractivos encantos, en ciertas perspectivas relegada y destinada a llenar un vacío como compañía de la naturaleza masculina, mientras que esta se presenta en un grado más acorde a la perfección del ordenamiento divino, en mayor medida completa o determinada, o conforme a un principio activo. En otras palabras, un aspecto más obediente, regulable, inocentón o prístino, en comparación con su contraparte más turbia, inconstante, confusa y voluble.

Eva y Pandora, son los más claros ejemplos de ello, ellas son pensadas como un obsequio engalanado para los hombres y en ellas a su vez se deposita la posibilidad de la tentación y del engaño: sea por curiosidad o por ignorancia sucumben a la trampa de adversarios y deidades que recelan o envidian el proyecto humano.

Eva come del fruto de la sabiduría que revela el bien y el mal y ofrece a Adán la pérdida de la inocencia, desobedeciendo el doble a la deidad. Mientras que la falta del hombre radica en obedecer a la mujer -aquella que de su costilla ha venido a aplacar su soledad- en vez de la voz y de la orden divina.

Pandora destapa la caja, jarra o ánfora que contiene todos los males del mundo y conserva únicamente la Esperanza para los acongojados hombres que antaño vivían felices.

Veamos la explícita acusación que declara el poeta Hesíodo con respecto a Pandora:

Antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males y exentas de la dura fatiga y las penosas enfermedades que acarrear la muerte a los hombres [...]. Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la enorme tapa de una jarra los dejó diseminarse y procuró a los hombres lamentables inquietudes. Solo permaneció allí dentro la Espera. (Hesíodo, Trabajos y días: vv. 90-95, 75)

De mucha más importancia es que citemos literalmente el mito adánico del Antiguo Testamento, ya que la afirmación de que una mujer, Eva, es la causante de todos los males del hombre va a ser la referencia más constante en toda la literatura misógina:

Entonces Dios le preguntó:

—¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?

El hombre le respondió: —La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. [...]

Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: —¿Qué es lo que has hecho?

Ella respondió: —La serpiente me engañó, y comí.

A la mujer dijo: —Multiplicaré en gran manera los dolores en tus embarazos, con dolor darás a luz los hijos, tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti.

Y al hombre dijo: —Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te mandé diciendo: “No comerás de él”, maldita será la tierra por tu causa... (Reina-Valera, 1995: «RVR 1995»)

La línea de desvalorizaciones y desprecios misóginos no solo queda en los mitos arcaicos, sino que se reproduce a todas luces en la Antigüedad, en las afirmaciones de los poetas (Hesíodo, Virgilio, Juvenal), los filósofos (Aristóteles, Platón) los apóstoles (Mateo, Pablo) y los Padres de la Iglesia (Tertuliano, Agustín de Hipona). Entre el extenso catálogo de defectos se cita la volubilidad, la incompletitud, la viciosidad y cualquier otra característica, que deban poner en duda la espiritual sesera del varón, sobre la conveniencia de mantener una vida célibe o las inconveniencias de casarse y convivir con una mujer. Así desde el imperio falocéntrico, era sabido que los grandes hombres hablan mal de las mujeres y que, tal vez, no hay mejor compañero o complemento para un varón que otro varón.

Pero hay que reconocer que es en la Edad Media cuando se desata el más recio furor antifeminista, especialmente en los siglos XI y XII, coincidiendo con y como consecuencia de la reforma gregoriana (impuesta por el papa Gregorio VII). Así se enciende la chispa en la que la mujer será bombardeada desde diferentes frentes de la manifestación catequista y literaria: los Ejemplarios, los Sermones, los cuentos populares y aquellas expresiones que más nos interesan estudiar, las poesías. Por ello, nos encargaremos de estudiar tales ataques en dos poesías del siglo XII y una del siglo XIII, que bien ejemplifican al estilo y género de escritura misógino medieval.

2. La Iglesia y la sexualidad de la mujer medieval

Para tener una concepción o estudio de la mujer en la Edad Media, hay que partir de la visión de los hombres, porque quienes detentan el poder y el monopolio de la cultura y el saber en el Medioevo son básicamente los clérigos, que por cir-

cunstances evidentes, poco o nada saben de las mujeres. Y lo que no saben de ellas se las imaginan, y luego se las representan ajustadas para su orden y su institución. Desde la libido reprimida, el desconocimiento, la distancia, la ajenidad y el temor, se trazan los rasgos y cualidades de lo femenino que ponen en duda y amenazan aquel hábitat religioso, característicamente masculino. Por lo que el espacio para reducir lo peligroso de la mujer debe ser aquel en el que prevalezca el claustro o el encierro, el interior y privado de las casas y monasterios, los cuales ayudan a que la fémica se separe de la exterioridad de su cuerpo y se acerque a la interioridad de su alma. Mientras los caballeros descubrían maravillados que el mundo era algo por explorar, que tenían todas las aventuras por correr, todas las experiencias y saberes por acumular, la dama debía quedar relegada a una asfixiante interioridad y privacidad, encasillada en sus funciones tradicionales en el servicio a la especie o a Dios. En este punto, no se podía concebir que disfrutara o tuviera una experiencia placentera de su sexualidad y de su identidad corporal, puesto que el fin divino de su cuerpo era el de la concepción y la práctica del acto sexual para el depósito de la semilla de la procreación.

Desde épocas muy tempranas (desde que la Iglesia se convirtió en la religión estatal en el siglo IV), el clero reconoció el poder que el deseo sexual confería a las mujeres sobre los hombres y trató persistentemente de exorcizarlo identificando lo sagrado con la práctica de evitar a las mujeres y el sexo. Expulsar a las mujeres de cualquier momento de la liturgia y de la administración de los sacramentos; tratar de usurpar la mágica capacidad de dar vida de las mujeres al adoptar un atuendo femenino; hacer de la sexualidad un objeto de vergüenza... tales fueron los medios a través de los cuales una casta patriarcal intentó quebrar el poder de las mujeres y de su atracción erótica. (Federici, 2010: 62)

La sexualidad femenina era tema de confesión, polémica y oportunidad de pecado. El intento eclesiástico de regularla y vigilarla, ya era una larga tradición en Europa. La Iglesia elabora un detallado catequismo sexual y se mete de lleno a *fisgonear* en la alcoba, prescribiendo obsesivamente las *posiciones permitidas durante el acto sexual (en realidad sólo una era permitida)*, los *días en los que se podía practicar el sexo, con quién estaba permitido y con quién prohibido*. (Federici, 2021, 63)

Hemos insistido en que el tema de la misoginia no es nuevo por su herencia antigua, pero lo que sí resurge como más novedoso es la violencia del ataque contra las mujeres en el pasaje del siglo XI al XII. La causa histórica y social es fácilmente identificable: entre los años 1073 y 1085, durante el mandato del Papa Gregorio VII, se lleva a cabo, como antes dijimos, la reforma gregoriana cuyo propósito fundamental eran eliminar los grandes vicios que afectaban a la comunidad cristiana, abolir las prácticas de: la simonía (compra y venta de oficios, cargos, dominios

eclesiásticos) y el nicolaísmo (relaciones sexuales libres o en concubinato, amanecimiento y matrimonio de los clérigos). Es decir, la reforma apuntaba a prevenir aquello que consideraban que corrompía al clero y la vida espiritual de la Iglesia. La preocupación era la contaminación mundana de la Iglesia y el que no se guardaba el celibato y la investidura laica (provisión de cargos eclesiásticos por parte de los poderes seculares). Había que poner límites a las costumbres del clero, ampliando el celibato también a los sacerdotes seculares, a imitación de la vida monástica, y reforzar la nueva visión del matrimonio para los laicos: monográfico, indisoluble y sacramental. Indisolubilidad del matrimonio y prohibiciones o restricciones de la conducta sexual van de la mano.

Entre los predicadores de la reforma, se vociferan los peligros terrenales y mundanos que pervertían al clero. Y entre ellos se identificó como la causante negativa de tales males a la mujer, vista como la principal enemiga del hombre, acusando a su sexualidad como un mal a evitar. Los predicadores necesitaban convencer de la decisión de rechazar y de separarse de la carne y al hablar de la carne se referían directamente a la mujer con su belleza superficial, sus encantos, su astucia y sus engaños que apestan a pecado. Belleza que oculta y disimula lo moralmente horrible de su origen, ya que su sexualidad es el reflejo de Eva, inferior por designio divino y debajo del señorío masculino. Así al ser humano femenino se lo reduce a un trozo de carne seductor, a tentación, a objeto de culpa y objeto prohibido del deseo. El peso de la carga de la culpa para el hombre religioso medieval se atenúa y expía fácilmente, trasladándolo y objetivándolo en la carne de la mujer.

En esta estrategia clerical, de promoción de una nueva moral puritana e inquisitorial, Eva es la carne, el sexo impuro, el símbolo de la peste a erradicar, la mujer de la que hay que separar al clero, aquella despreciable hija del Diablo, la cómplice de la serpiente, cuya unión con el hombre hay que expurgar. La vía de decadencia o el obstáculo de una vida célibe y santa del varón.

Así había que ofrecer otro modelo paralelo de mujer que contrastara y superara a la repudiada Eva, un ejemplo no solo ideal a los hombres, sino sobre todo a seguir espiritualmente por las propias mujeres. Tal opuesto de la mujer pecaminosa y terrenal es María. En efecto, la época de la reforma gregoriana, es también la de mayor apogeo del culto mariano. Nunca fue más ensalzada María, a la par que nunca fue más humillada Eva. Algunos de los autores que más predicas ofensivas dirigen a la mujer como fuente de perdición son los mismos que más elogios le dirigen a su contracara; por ejemplo, San Bernardo de Claraval, fustigador de la mujer en general, es el que más encomios y elogios dirige a la figura mariana y el más importante en la masiva propagación del culto mariano.

Pero María es lo inalcanzable, es el modelo virginal, es la madre perfecta, está más allá de lo humano. Entonces, ¿qué ofrecer a aquellas mujeres, por ejemplo a las casadas o viudas, que ya no tienen acceso a la serenidad virginal, y que sin embargo deben y quieren salvarse? Pues nada más y nada menos que la vía del medio: el prototipo de una mujer pecadora, pero redimida; pecadora, pero arrepentida. Me refiero, claro está, a Magdalena. (Blanco Valdés, 2009: 14)

La Virgen Madre, es proyectada por los hombres fuera del alcance de las mujeres de este mundo, por lo que para lograr una tentativa de conciliación intermedia entre Eva y María, se recurre a Magdalena. Entonces, la imagen de la mujer que retrata la Iglesia en los siglos que nos ocupan se divide en tres caminos:

1- Eva, la pecadora y tentadora, contra la que hay que predicar y humillar. *Femina Malum*.

2- Magdalena, la pecadora arrepentida y redimida, modelo confesional que hay que exhortar.

3- María, la reina del cielo, ideal que hay ensalzar.

Esta severa catequesis se traslada a las producciones poéticas y literarias. Pero si es verdad que en ninguna época aparece la mujer tan despreciada como en la Edad Media (y especialmente en los siglos XI y XII), nunca encontramos otra época en la que sea tan ensalzada y glorificada, desde una única perspectiva: el amor cortés. El trovador ofrece un contrapeso en el que la mujer está destinada al amor; ejemplos sobran en las composiciones y recolecciones de poesía provenzal y lírica amorosa, de autores concretos o anónimas como los *Carmina Cantabrigiensa* o los *Carmina Burana*. Otro fenómeno interesante es el de los tratados amorosos, del cual se destaca *De amore* de Andreas Capellanus, obra en la cual no aparenta presentar un carácter antifeminista si abordamos los dos primeros libros que abordan el tema cortés, pero luego en el tercer libro el autor continúa la tradición misógina, exhortando todo tipo de insultos y ofensas contra la femina y el amor carnal, los cuales considera incompatibles para el amor de Dios e inaceptable para la moral católica. Parafrasearemos insultos de Capellán, todos defectos y excesos que atribuye a la naturaleza femenina, tales como “Avara”, “envidiosa”, “maldiciente”, “inconstante”, “inconsecuente con sus palabras”, “desobediente”, “rebelde a lo prohibido”, “manchada con el vicio de la soberbia”, “ávida de vanagloria”, “mentirosa”, “borrachina”, “charlatana”, “incapaz de guardar un secreto”, “lujuriosa en exceso”, “dispuesta a todos los vicios” e “incapaz de sentir amor por un hombre”. (*Capellanus, De amore*)

Así tenemos un claro contraste de lo que se declamaba del sexo femenino en

las novelas, en los torneos y las cortes de amor, con lo que se despechaba de las mismas, avillanándolas y poniéndolas bajo una ofensiva burla grosera, comenzando por los escritos más serios de los teólogos y descendiendo hasta la poesía y el teatro de plaza pública. La ofensiva abarcaba desde lo serio y condenatorio, a lo risible y grotesco. La dulcísima imagen romántica, las purísimas imágenes de la hagiografía y las leyendas cristianas, se enchastraban no solo al menor contacto de los dicterios y sermones religiosos, sino también con las fábulas y representaciones populares de *historias picantes en las que la mujer, haciendo befa de la fidelidad conyugal no solo mantiene incesantes relaciones adúlteras, sino que deja al marido en el peor de los ridículos*. (Rubio Pejenaute, 1997: 349)

Leyendo y escuchando tales obras, uno puede inclinarse a pensar que el hombre, en todas las edades, pero especialmente en la Edad Media se encuentra frente a la mujer como ante una fantasía de su imaginación, una visión agridulce, una antinomia de la razón y el corazón, entre una bifurcación de caminos, en la que se encarna lo mejor y lo peor para su representación, intensificándose en una perspectiva u otra según las épocas. Por lo que es propio del misógino, -aunque algunos opinen que es propio de una tendencia masculina- alabar aquello que por otra parte desprecia, conforme a su imagen, conveniencia y semejanza. El misógino de todas las épocas puede pretender una mujer que le sea semejante, pero conforme y sometida a su voluntad. Y esto es lo que queremos recalcar, el hombre medieval se contradice e imagina esta bifronte cualidad de la mujer (positiva y negativa), pero termina prevaleciendo en nuestra tesis, la imagen negativa.

Ahora bien, tras este amplio prólogo, nuestro principal cometido es analizar los rasgos y aspectos misóginos de la poesía latina medieval.

3. Tres poemas de miedo y odio

Son incontables los autores y poemas que fustigan a la mujer, para seguir un rastro de dicha producción poética, podemos mencionar los 25 poemas, editados por Mercé Puig Rodríguez-Escalona en su obra *Poesía misógina de la edad media latina (ss.XI-XIII)*. De ellos, estudiaremos tres: 1- *Arbore sub quadam dictavit clericus Adam*, 2- *De artificiosa malitia mulieris* (siglo XII), y 3- *Fuge cetus feminarum* (siglo XIII).

Nuestro método será abstraer elementos poéticos y retóricos, analizar el contenido conceptual y la intencionalidad de cada uno de los poemas enumerados por separado, luego se procederá a una síntesis de los tres poemas en la que se volcaran y reunirán las características comunes del fenómeno misógino. Tras el análisis

individual, se presentan las traducciones y el original. El primero es un fragmento del original y la traslación de la filóloga Merce Puig Rodríguez-Escalona en el mencionado Poesía misógina de la Edad Media Latina, y las respectivas traslaciones de 2 y 3 son de la filóloga Maricela Cerdas Fallas (“Dos poemas misóginos medievales en lengua latina: un análisis estilístico”).

3.1. Poema 1- *Arbore sub quadam dictavit clericus Adam*

El poema 1 exhibe analogías de la voluptuosidad (*voluptas*) y la concupiscencia (*concupiscentia*) de la carne que son frecuentes en la poesía misógina: serpiente, veneno, fuego y cualquier otra referencia a la muerte (como tumba o sepulcro).

La recurrente asimilación entre la mujer y la serpiente *Femina serpentis*, es metáfora ya explotada e indica que ambas son instrumentos del diablo, responsables de servir a sus propósitos, haciendo pecar al hombre en la expulsión del Paraíso. Es la más directa expresión de la mentira y el engaño en el bestiario mitológico judeocristiano. La relación entre la naturaleza de la mujer y la serpiente es entrañable, íntima, como casi conformando una misma identidad (falsedad), lo confirma el siguiente verso: *La mujer es la entraña de la serpiente que nos atrapa*. En relación con la metáfora bífida, en la poesía misógina también suele afirmarse la alegoría de que la mujer *desprende*, emana, *insufla* o *inocula* cierto veneno *femina venenum* en el ser masculino, muchas veces con la adjetivación de dulce *femina dulce venenum* (en nuestro caso citaremos “miel”), en este poema están presentes y refiriéndose a varias de las edades de la vida: *La mujer mata los corazones de los viejos insuflándoles veneno* y *La mujer, muerte de los jóvenes, lleva veneno bajo la miel*.

Para el lector de la época se entiende solo con estas dos metáforas, que en este poema se declara sin más rodeos a la mujer como enemiga o adversaria del hombre, con artimañas que le son propias para conducirlo a la perdición, mediante la sexualidad, la incitación sexual y el falso amor.

Femina serpentis y *Femina dulce venenum* son dos formas distintas de expresar *Femina malum* o de forma más completa *Femina dulce malum*.

Otra de las metáforas repetidas hasta la náusea en el poemario antifeminista es la atribución de la mujer con el fuego, que ya sabemos que tienen claras connotaciones eróticas y sexuales, que por otro lado atenúan la llama del amor más sincero: *Mujer apagas la llama de muchos amores*. Así como también se asocia constantemente a la mujer con la muerte o el placer mortífero, porque es la causante del pecado mortal. Con la trampa de su belleza, incitación al acto sexual: *Mujer, no te preocupas porque conformas a la muerte a tu gusto, Mujer, los sepulcros te delatan bajo tu hermosa*

apariencia y La mujer, puesta en venta alberga la fatalidad.

Siendo pues que la mujer es instrumento del diablo y enemiga se le critica que se arregle, que se maquille, que se embellezca, sin otra finalidad que la de seducir, la de perder almas. Y aquí no nos encontramos con la excepción: *La mujer que como un escorpión pica embadurna su cara. Quiere ser picada la mujer que quiere ver su cara embadurnada.*

Con respecto a esta exhibición de la mujer como enemiga del hombre, véase que se pronuncia varias veces la expresión “*la mujer venció*” (*femina vicit*) cuya víctima es un sujeto masculino, los siguientes fragmentos lo confirman: *La mujer venció, Adán fue vencido por un cierto árbol y La mujer venció al vencedor vencido mediante el amor.* Se indica sin más, cómo la mujer condujo al mal y a la ruina, al hombre adánico y a los precedentes en la lista de los testimonios bíblicos: Sansón, David, Salomón, Lot, Nabot y Juan el Bautista, luego de los nombres bíblicos menciona como víctimas masculinas a anónimos plurales de diferentes condiciones y posiciones: sabios, jóvenes, viejos, prelados, presbíteros, monjes, maridos, enamorados. Por otro lado hay multitud de verbos que refieren a la acción femenina cuyo objetivo es el hombre. Luego de “vence” (*vicit*) en distintos tiempos: “atrapa”, “engaña”, “dominó”, “abatió”, “rige”, “sometió”, “mata”, “quita”, “subyuga”, “enloquece”, “consume”, “amarte” y “amansa”.

El poema concluye con un ensalzamiento de la Virgen María, como la única mujer en la cual se puede confiar por ser celestial y como la única mujer que puede amar verdaderamente al hombre, como contracara de la anterior mujer representante de Eva, cuyo amor y naturaleza es la falsedad. El poema entonces parte de Eva, transita las cualidades de la mujer terrenal y concluye con María, la única excepción en el conjunto de su género.

Extrayendo todos estos elementos y relaciones, podemos sostener que la intencionalidad del poema es pedagógica, moral y proverbial, ya que el locutor del discurso es un clérigo llamado Adam que parece dirigirse y exhortar a sus discípulos (otros varones), mientras que a su vez señala y acusa a la mujer en general, dado el continuo apelativo que inicia muchos de los versos: *Mujer...* Los últimos dísticos presentan la anáfora *femina*, como recurso para reforzar la crítica contra la mujer. Además, esa constante repetición no permite al lector olvidar cuál es el objeto de tan severos ataques.

Profiriendo sentencias y evocando desde un principio personajes y figuras bíblicas, para luego continuar con alegorías cotidianas extemporáneas, la moraleja del poema es que la mujer es el mal que puede quitarle y arrebatarse al varón todos sus bienes. Los que se aluden en el poema son dignidad viril, libertad juvenil, fama

u honores, virtudes morales, riquezas materiales, fidelidad conyugal, paz, cordura, espiritualidad y mansedumbre: *La mujer lo rige todo, sometió así a la cerviz de los jóvenes, La mujer quita a los prelados su fama su honestidad, La mujer se enriquece cuando domina a los presbíteros, La mujer difícilmente es del todo fiel a un marido que tal no merece, La mujer promueve guerras, difícilmente busca pactos de paz, Mujer nadie enloquece sino al que tu llama consume y Mujer, por ti se amansa el lobo, la oveja se vuelve soberbia.* Ya que es la mujer interesada, voraz e insaciable en su falso amor: *La mujer ha enriquecido el infierno pero no se ha saciado, La mujer, aunque le prometas mucho, no te dirá: [Te amo], La mujer por dinero dice: [Te amo] y La mujer, cesa de darle y cesará de amarte.*

Por ello no se puede confiar o fiarse de ella, sean sus actos o palabras, justamente de la mismísima hija de la serpiente, es sinónimo de falsedad, de mentira y de falso juramento: *La mujer que no es falsa no es mujer, La mujer mientras llora urde engaños a base de lágrimas, Mujer, tu juras pero no tienes cuita del perjurio.* Solo hay que recurrir a una única mujer, auténtica en su naturaleza divina y celestial: María.

En conclusión, este escrito es ejemplar del poemario misógino, ya que en su amplia extensión, contiene todas las características y elementos que nos permiten identificar una producción de los periodos trabajados. Es el catálogo inefable y detallado de juicios, en versos sentenciosos.

Arbore sub quadam dictavit clericus Adam

Bajo un cierto árbol contó en voz alta el clérigo Adán

*Arbore sub quadam dictavit clericus Adam
quomodo primus Adam peccavit in arbore
quadam.*

Bajo un cierto árbol contó en voz alta el clérigo Adán cómo Adán el primer hombre, pecó en un cierto árbol.

Femina vicit, Adam victus fuit arbore quadam.

La mujer venció, Adán fue vencido por un cierto árbol.

Femina serpenti mox credidit alta loquenti.

La mujer se fio pronto de la serpiente cuando le habló de cosas excelsas.

Femina serpentis est viscus nos capientis.

La mujer es la entraña de la serpiente que nos atrapa.

Femina deceptos sapientes reddit ineptos.

La mujer vuelve ineptos a los sabios que engaña.

<i>Femina te, David, et te, Salomon, superavit.</i>	La mujer a ti, David, y a ti, Salomón, os dominó.
<i>Femina victorem vicit victum per amorem</i>	La mujer venció al vencedor vencido mediante el amor.
<i>Femina deiecit te, Samson, et hoc tua fecit.</i>	La mujer te abatió Sansón, y te hizo esto siendo la tuya.
<i>Femina Loth vicit Genesisque quomodo dicit.</i>	La mujer venció a Lot y el Génesis narra cómo sucedió.
<i>Femina damnari fecit Nabaoth et lapidari.</i>	La mujer hizo que Nabot fuera condenado y lapidado.
<i>Femina, tu Christi Bautiste colla petisti.</i>	Mujer, tú pediste el cuello de Juan, el que bautizo a Cristo.
<i>Femina cuncta regit, iuvenum sibi colla subegit.</i>	La mujer lo rige todo, sometió así a la cerviz de los jóvenes.
<i>Femina corda senum necat inspirando venenum.</i>	La mujer mata los corazones de los viejos insuflándoles veneno.
<i>Femina prelati adirnit nomen probitatis.</i>	La mujer quita a los prelados su fama su honestidad.
<i>Femina ditatur cum presbiteris dominatur.</i>	La mujer se enriquece cuando domina a los presbíteros.
<i>Femina multorum claustrum subigit monachorum.</i>	La mujer subyuga muchos claustros monacales.
<i>Femina nihil merito vix est bene fida marito.</i>	La mujer difícilmente es del todo fiel a un marido que tal no merece.
<i>Femina tunc gaudet cum perficit omne quod audet.</i>	La mujer se alegra cuando logra todo lo que pretende.
<i>Femina ditavit infernum, non satiavit.</i>	La mujer ha enriquecido el infierno pero no se ha saciado.
<i>Femina que non est fallax hec femina non est.</i>	La mujer que no es falsa no es mujer.
<i>Femina bella gerit, vix pacis federa querit.</i>	La mujer promueve guerras, difícilmente busca pactos de paz.

<i>Femina se nescit quia femina nulla senescit.</i>	La mujer no se conoce porque ninguna mujer envejece.
<i>Femina, nemo furit nisi quem tua flamma perurit.</i>	Mujer nadie enloquece sino al que tu llama consume.
<i>Femina vel raro vel numquam credit avaro.</i>	La mujer o rara vez o nunca confía en un avaro.
<i>Femina, multa licet promittas, non amo dicet.</i>	La mujer, aunque le prometas mucho, no te dirá: "Te amo".
<i>Femina pro dote nurnmorum dicit: amo te.</i>	La mujer por dinero dice: "Te amo".
<i>Femina, donare cessa, cessabit amare.</i>	La mujer, cesa de darle y cesará de amarte.
<i>Femina, dum plorat, lacrimarum fraude laborat.</i>	La mujer mientras llora urde engaños a base de lágrimas
<i>Femina que pungit ut scorpius, ora perungit.</i>	La mujer que como un escorpión pica embadurna su cara.
<i>Femina vult punji, sua que vult ora perungi.</i>	Quiere ser picada la mujer que quiere ver su cara embadurnada.
<i>Femina, mors iuvenum, portat sub melle venenum.</i>	La mujer, muerte de los jóvenes, lleva veneno bajo la miel.
<i>Femina predatur et ob hoc lupa iure vocatur.</i>	La mujer saquea y por esa razón se la llama loba.
<i>Femina, multorum flarnrnas extinguis amorum.</i>	Mujer apagas la llama de muchos amores.
<i>Femina, te quare multi nequeunt satiare?</i>	Mujer, ¿por qué ni muchos pueden saciarte?
<i>Femina, tu iuras sed non periuria curas.</i>	Mujer, tú juras pero no tienes cuita del perjurio.
<i>Femina, nec curas quod mortis iura figuras.</i>	Mujer, no te preocupas porque conformas a la muerte a tu gusto.
<i>Femina, te pulcra signant sub pelle sepulcra.</i>	Mujer, los sepulcros te delatan bajo tu hermosa apariencia.
<i>Femina, tu leporem facis aprum propter amorem.</i>	Mujer, tú vuelves a la liebre jabalí a causa del amor.

<i>Femina, vir mutus loquitur tua signa secutus.</i>	Mujer, el mudo habla siguiendo tus señales.
<i>Femina, mitescit per te lupus, agna tumescit.</i>	Mujer, por ti se amansa el lobo, la oveja se vuelve soberbia.
<i>Femina, te flante mox cera fit ex adamante.</i>	Mujer, cuando hablas, pronto el acero se vuelve cera.

(Rodríguez-Escalona, 1995: 32-35) (Rodríguez-Escalona, 1995: 32-35)

3.2. Poema 2- De artificiosa malitia mulieris

En este poema, podemos observar que se utiliza, en su idioma original, el tiempo presente (*serit, metit*), ya que se refiere a lo inmutable de la naturaleza femenina, algo que es inherente a ellas, que no va a mutar. Al igual que con el poema 1, nos encontramos con una denuncia de la mujer como origen de todos los males para el varón, sobre todo para aquel que pretenda encaminarse en una vida sabia, santa y virtuosa. Pero lo que lo distingue es que aquí se hace énfasis, con mayor locuacidad, de la contracara agridulce que nos ofrece la fémima, mientras que en *Arbore sub quadam dictavit clericus Adam* se acentuaba la cara negativa de la cuestión, en todo detalle.

La definición que da de la mujer es la de dulce mal (*Femina Dulce Malum*), que retrata no solo la maldad que, en opinión del autor, encierra la mujer, sino también la apariencia agradable que esta posee y que invita al hombre al pecado mortal.

Podemos observar sin mucho esfuerzo, que el desarrollo poético se basa en el contrapunto o la contraposición, en las que a una virtud o cualidad encomiable se le suma un vicio (el cual es su contracara oculta y artificiosa): *miel amarga, rosa hedionda, bálsamos/venenos, sosiego cruel, amor enemigo, error calculado, decoro despreciable, encanto repugnante, ardor húmedo, ligereza pesada y talento borracho*.

El recurso al cual se acude abundantemente es a la antítesis, la contraposición de dos palabras o frases de sentido opuesto. En el uso de pares adjetivo/sustantivo. Donde se proponen sustantivos que representan cosas buenas, agradables y útiles, pero se les yuxtapone un adjetivo de tremenda connotación negativa que los trueca y merma por completo, creando en el lector una sensación de desagrado y repugnancia hacia el objeto descrito mediante este recurso que es la mujer.

Así como estos sustantivos son en apariencia buenos antes de considerar el adjetivo que los acompaña, así trata el autor de advertir a los lectores sobre las mu-

eres: es necesario guardarse de ellas, porque debajo de su apariencia placentera y dulce, esconden un pozo de maldad y corrupción. Estos contrastes reflejan no solo la acusada falsedad, sino también la inconstancia y la contrariedad que encarna en sí misma, en su carácter la mujer, por el cual el hombre no puede entenderlas, ni prever, ni estar seguros cerca de ellas. Véase tal predisposición a la volubilidad y el cambio retratada en el siguiente fragmento: *Ya huye viniendo, ya viene huyendo*. Aquí se emplea la misma palabra *huir* en distintas funciones y formas que aparentar ser muy semejantes, pero son contradictorias.

El remate es la siguiente sentencia: *La mujer, si alguna entre miles haya resplandecido célibe, se hace extremadamente famosa porque es extremadamente rara*.

Esto indica que, por la tendencia voluptuosa de la mujer, es un acontecimiento raro la virtud de su castidad que llamaría la atención exageradamente. Para esto, utiliza el adverbio *nimis*, para exagerar tanto la fama de la mujer casta como lo raro de su castidad. Tal rarísima excepción es María.

La moraleja del poema es la de que las primeras miradas e impresiones con respecto a la mujer, nunca son legítimas, que en ellas la virtud es aparente, porque esconden siempre un mal y que, a cualquier sensación agradable que nos transmitan, le sucederá un disgusto o desencanto.

De artificiosa malitia mulieris

Sobre la ingeniosa malicia de la mujer

<i>Multa premunt animos et degenerant generosos</i>	Muchas cosas ahogan y disminuyen a las almas generosas,
<i>Omnibus una magis femina, dulce malurn.</i>	De todas una más, la mujer, el dulce mal.
<i>Femina, dulce malum, mel fellitum, rosa fetens,</i>	La mujer, dulce mal, miel amarga, rosa hedionda,
<i>Balsama sero serit, mane venena metit.</i>	Siembra bálsamos por la tarde, por la mañana cosecha venenos.
<i>Femina, dura quies, inimicus amor, ratus error,</i>	La mujer, sosiego cruel, amor enemigo, error calculado,
<i>Astuta laqueos simplicitate tegit.</i>	Con astuta simplicidad oculta sus lazos.
<i>Femina, vile decus, fedus decor, humidus ardor,</i>	La mujer, decoro despreciable, encanto repugnante, ardor húmedo,

<i>Blanditias veteres asperitate novat.</i>	Renueva con aspereza los halagos antiguos.
<i>Femina, tota dolus, levitas gravis, ars temulenta,</i>	La mujer, toda entera engaño, ligereza pesada, talento borracho,
<i>Nunc veniendo fugit, nunc fugiendo venit.</i>	Ya huye viniendo, ya viene huyendo.
<i>Femina se vendens et habens, perdens retinensque,</i>	La mujer se vende y se tiene a sí misma, se pierde y se retiene,
<i>Ipsa sibi merces, ipsa suus fit ager.</i>	Ella misma es la recompensa para sí, ella misma se hace su heredad.
<i>Femina, si qua tamen celebs effulserit inter</i>	La mujer, si alguna entre miles haya resplandecido célibe,
<i>Milia, clara nimis fit, quia rara nimis.</i>	Se hace extremadamente famosa porque es extremadamente rara.
(Cerdas Fallas, 2010: 123)	(Cerdas Fallas, 2010: 123)

3.3. Poema 3- *Fuge cetus feminarum*

La poesía tiene un carácter burlesco, dadas las razones que se arguyen para rehusar la relación con el género femenino, si las comparamos con la finalidad ascético-moral que inspiran la mayoría de los poemas misóginos de la época. Las rimas contienen cierta comicidad que no estilan a lo serio: *La viuda, esta es soberbia, llena de falsedad, voluptuosa, serás de ella el bufón* y *La monja, si esta te agrada, siempre pide, nunca calla, rasura como una navaja*. Los consejos para nada ascéticos que profiere en su finalización, son desorbitantes para lo que se puede esperar de un clérigo católico de la reforma gregoriana. Se aconseja buscar a la mujer que ofrece su cuerpo públicamente y el tener una relación comercial o transaccional con la meretriz, como algo menos peligroso, ya que es una trampa más predecible: *No amarás a la meretriz, ella no te ama, si no le das, y te engaña sin trampa* y *Busca por tanto a la mujer pública y evitarás la deshonra, carecerás de peligro y no tendrás hijos*.

Es cómico y en cierta forma vulgar, ya que además se recomienda a toda costa a los hombres no tener hijos con ninguna mujer, con lo cual se pone en cuestión el divino fin de la procreación en el acto sexual y, por otro lado, se pone en cuestión la conveniencia del matrimonio como vínculo sagrado, en el cual se permite restringidamente la práctica sexual placentera y en donde el hombre puede tener a la mujer

como compañera dentro de los términos religiosos. Al establecer que es más conveniente una prostituta que tener relación con una mujer casada, nos deslindamos de la severidad de la reforma gregoriana, esto también se explica, porque el poema es de un periodo más tardío: del siglo XIII.

Aquí por lo tanto nos encontramos con un estilo que aun sentencioso es más relajado e indulgente que el de los poemas anteriores. La finalidad de lo que comunica este poema es más pragmática que moral: la conveniencia de casarse o no casarse, tener hijos o no tener hijos. Se cataloga a la mujer de una forma misógina, pero no desde sus cualidades morales tal como lo hacían los anteriores textos, sino desde su posición social y su estado civil. Aquí se ataca a la mujer de condición secular como a la religiosa por igual. Se concibe que toda relación con ellas contiene perversidad. Las malas consecuencias son curiosamente idénticas a las que enumeramos en el poema 1: Pérdida de riquezas materiales, de la paz, del honor (difamación) y de las virtudes morales en la caída del vicio. Todas son inconvenientes. Todas tienen en común el hecho de que representan un peligro para el hombre, ya sea para sus bienes o para su reputación.

Así también al igual que en el poema 1, se reproduce el tópico de que la mujer es interesada e insaciable, y antes que el amor del varón, lo usa falsamente como medio para obtener sus bienes. Detrás de la engañosa dulzura de las mujeres siempre hay una intención usurpadora: *Todas estas yo las he probado he obtenido pocos elogios, y mi bolsa está también vacía.*

Sin duda, el autor, en su intencionalidad, ofrece consejos y advertencias, y quiere mostrar las consecuencias de las decisiones masculinas, ya sean positivas por seguir los consejos del autor, o negativas por tener contacto con las mujeres. Está presente la idea del mal menor, porque toda relación con la mujer es un mal: “no busques casarte, ni a la religiosa, ni a la viuda, ni a la virgen, pero si necesitas desahogarte, acude a la fulana pública, con las consecuencias que ello trae”. Si fuese necesario para un hombre tener relación con una mujer, debería acudir a una meretriz. Ella, aunque sigue siendo una mujer, tiene primero su propio interés en mente y esto es sabido por todos. Por esto se la presenta como el mal menor.

A su vez detrás del cúmulo de advertencias, consejos y sentencias, el autor confiesa, con cierto efecto cómico, que pone en contradicción todo lo que predico anteriormente: *A todas estas yo las he probado.* Parece ser que el autor se quiere rebajar a cierta altura moral del lector vicioso, lo que no solo le da cierta comicidad, sino también verosimilitud a sus consejos, pues posiblemente se basan u originan en experiencias que él mismo ha vivido, con sus desenlaces desagradables. En fin, el cometido parece ser más el de evitar el mal declarado, la mujer, que el de promover y buscar el bien.

Fuge cetus feminarum Huye de la unión con las mujeres

*Fuge cetus feminarum,
namque status omnis harum
prava dat stipendia.*

Huye de la unión con las mujeres,
puesto que toda situación de estas
da servicios perversos.

*Si sit virgo quam tu gliscis,
damna rerum concupiscis,
cordis et incendia.*

Si es una virgen a la que deseas vivamente,
codicias con ansia perjuicios de tus bienes,
y un fuego en tu corazón.

*Maritatam
pacem spernis, te diffamas,
incidis periculum.*

Si tú amas a una casada,
desdeñas la paz, te quitas el buen nombre,
caerás en peligro.

*Vidua, hec est elata,
fraude plena, delicata,
eris ei ridiculum.*

La viuda, esta es soberbia,
llena de falsedad, voluptuosa,
serás de ella el bufón.

*Si beghine socieris,
mox per eam diffameris:
linguam fert ut facula.*

Si te asocias con una beguina,
inmediatamente por causa de ella serás
difamado:
mueve su lengua como una antorcha.

*Monialis, hec si placet,
semper petit, numquam tacet,
radit ut novacula.*

La monja, si esta te agrada,
siempre pide, nunca calla,
rasura como una navaja.

*Si adoptas meretricem,
vitii tunc genetricem,
hic copulaberis.*

Si escoges a una meretriz,
la madre del vicio,
entonces aquí estarás atado.

*Illico te coinquinat,
scandalosa cum propinat,
si secutus fueris.*

Al punto te corrompe,
cuando te ofrece cosas abominables,
si la siguieras.

*Meretricem non amabis,
te non amat, si non dabis,
imponitque tibi sine dolum.*

No amarás a la meretriz,
ella no te ama, si no le das,
y te engaña sin trampa.

Queras ergo publicam

Busca por tanto a la mujer pública

et vitabis maculam, y evitarás la deshonra,
periculo carebis carecerás de peligro
et pueros non habebis y no tendrás hijos.

Preveta illud, No permitas esto en lo absoluto,
mulier non dat tibi pueros. la mujer no te da hijos.

Has omnes ego probavi Todas estas yo las he probado
breves laudes reportavi, he obtenido pocos elogios,
bursam quoque vacuum. y mi bolsa está también vacía

Ergo, ut predixi, cave, Por lo tanto, como he proclamado, cuídate,
licet dulce dicant ave, aunque dulcemente te digan: "Ave!",
impingunt tamen maculam. sin embargo te arrojan deshonra.

(Cerdas Fallas, 2010: 120-121) (Cerdas Fallas, 2010: 120-121)

4. Conclusión

Si buscamos características comunes entre los tres poemas, podemos concluir que todas las composiciones misóginas carecen de cierta originalidad ya que suelen reproducir los mismos clichés en un espíritu sentencioso, más o menos serio. Allí está siempre el propósito tan moralizante como agorero, dirigido al público masculino. Se apunta a cómo deben relacionarse con las mujeres, y la primera tendencia que declaran es por supuesto evitarla, como lo fraudulentas y portadoras de males que son. Hay que desconfiar absolutamente y despreciar los encantos femeninos, que son trampas urdidas por tales instrumentos del Diablo, para la perdición de sus almas. En esto son fieles al cometido de la reforma gregoriana que quiere alejar al clérigo y al santo varón de la mujer, ya que ha sido demonizada como la fuente corruptora de la Iglesia.

Pero este mismo propósito, en el trascurso didáctico de los tres poemas, es el que termina forzando a los poetas, al uso de un tono y de un lenguaje obsceno que, a simple vista, parece un catálogo de insultos o un repertorio de eufemismos, donde más que en el interés y el preciosismo poético, las capacidades de los autores se agotan en su contenido sentencioso, más preocupados en transmitir sus ataques, que en la riqueza de la forma poética.

El sustantivo de estos poemas será siempre "la mujer", el adjetivo cualquie-

ra de connotación negativa, los cuales suelen plasmarse en metáforas semejantes, y la víctima por supuesto es siempre el varón. ¿Cuáles son los tópicos reproducidos hasta la náusea? Como podemos evidenciar en nuestra selección, los de la falsedad, la lujuria y el interés material de la fémina, con metáforas frecuentes, que aluden a la *fémina dulce venenum* y la *fémina serpentis*. Y en los tres poemas se le atribuyen todos los males del varón, tanto como se les niega las virtudes de la castidad, la humildad y el desapego material. Ni siquiera las mujeres que adoptaron la vida religiosa o las beguinas, se salvan de la acerba invectiva de los poetas, por más que puede pensarse que no serían ningún peligro para la vida moral de los hombres, ya que ellas están destinadas a practicar las virtudes morales y religiosas deseadas, en el confinamiento de sus hábitos.

Lo que resulta indudable es que se presenta a la mujer como fuente y promesa de todos los males, y de ahí la necesaria conveniencia de rehuirlas y no tener ningún contacto con ellas. Estos varones religiosos crearon e imaginaron (conforme a la tradición) su propio demonio en la mujer, para expiar sus propias faltas y sus propias debilidades intelectuales y morales.

Ella, la gran responsable de los males del mundo desde Eva, la gran inculpada, la que provoca el desorden, la discordia, la destrucción y la ruina por doquier. Ella, el enemigo público y de la humanidad, maestra e incitadora del mal, dueña de los encantos, los atractivos y los impulsos irresistibles, carne del pecado, todo esto y más, se lo atribuye a aquella que no nació con la genitalidad de las pobres víctimas. *Ella* es el pronombre maldito, persona que tuvo la maldición de nacer y continuar existiendo como una simple mujer.

Referencias bibliográficas

- ARCHER, Robert (2001), Misoginia y defensa de las mujeres. *Antología de textos medievales*, Madrid, Cátedra Ediciones.
- BLANCO VALDÉS, Francisco (2009), *La mujer en la literatura de la Edad Media: ¿Un reflejo de una sociedad misógina?*, ed. MARTÍNEZ GARRID, E, Transmisión y apología de la violencia contra las mujeres: refranes, dichos y textos persuasivos, Madrid, Universidad Complutense, 37-65.
- CAPELLANUS, Andreas, *De amore* (edición en latín original). <http://www.thelatinlibrary.com/capellanus.html>
- CERDAS FALLAS, Maricela (2010), "Dos poemas misóginos medievales en lengua latina: un análisis estilístico", *Revista de Lenguas Modernas*, 12, 117-127.

- DALARUM, Jacques (1992), *"La mujer a ojos de los clérigos"*, *Historia de las mujeres en Occidente*, La Edad Media (bajo la dirección de DUBY, G. y PERROT, M.), Madrid, Taurus, vol. II, 29-59.
- FEDERICI, Silvia (2010), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*, Madrid, Traficantes de sueños.
- HESÍODO (2008), *Teogonía. Trabajos y días*. Trad. JIMÉNEZ, A. Buenos Aires, RBA Libros, Gre-dos.
- REINA-VALERA (1995), *La Biblia*. Sociedades Bíblicas Unidas (United Bible Societies).
- RODRÍGUEZ-ESCALONA, Mercé Puig (1995), *Poesía misógina en la Edad Media latina (ss. XI-XIII)*, Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona.
- RUBIO PEJENAUTE, Francisco (1997), *"Femina, dulce malum: un «Oxímoron» recurrente en la poesía latina medieval"*, *Archivum*, vol. 46-47, 347-370.
- WALKER BYNUM, Caroline (1992), *"El cuerpo femenino y la práctica religiosa en la Baja Edad Media"*, FEHER, Michel; NADDAFF, Ramona; TAZI, Nadia (comp.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus, vol. 1, 163-225.